

¿Un mal negocio o “así quise que fuera”?

* Por José de Jesús Elizarrarás Quiroz

El cambio que hago en mi manera de pensar será, en cada acto deliberado, así quise que fuera y me hago responsable de mi vida, porque ya no soy un espectador que se queja, sino el observador que deja el drama y pone acción

En los tiempos actuales, el trabajo en equipo y el colaborativo son cada vez más una exigencia. En las negociaciones afectivas sucede lo mismo. Si sólo se busca el bien propio de la compañía, tarde o temprano se cobrará la factura.

¿Qué pasaría si modifico un poco mi manera de pensar? Una vez que decido iniciar, ¿estoy dispuesto a que la otra parte gane en la misma proporción que la mía? Creo que, en este aspecto, en cuanto a la deliberación, acto de decidir, cabe formular la siguiente cuestión: ¿habrá cambios en nuestra manera de ser si se transforma “el así fue”, por el “yo lo quise así”? Lo que me trae a la mente una frase del filósofo alemán Federico Nietzsche publicada en el siglo XIX en su obra Así habló Zaratustra. En el capítulo de la Redención dice:

“... ‘Fue’: así se llama el rechinar de dientes y la más solitaria tribulación de la voluntad. Impotente contra lo que está hecho –es la voluntad de un malvado espectador para todo lo pasado...” (1)

Lo que le interesa al autor es que se dé la redención, redimir lo que se ha vivido en un pasado, y transformar todo ‘fue’ en un ‘así lo quise’.

Me parece que este cambio de pensar se transmite a cada una de las células de la persona que decide hacerlo. Me explico. Si dos personas deciden iniciar una relación afectiva como amigos, novios, esposos se plantea la finalidad de esa relación desde su inicio.

Por eso, la voluntad individual de cada una de las partes ha de reflexionar sobre uno mismo y su pasado, en la que uno sea capaz de aceptar el pasado asumiendo responsablemente sus acciones, transformándolas; pero Nietzsche propone una respuesta al planteamiento de la culpa y no al planteamiento de una prevención y solución, si se me permite esta expresión.

Es decir, como diría Aristóteles, el fin último del hombre es la felicidad. Y es en ese fin que cada acto, cada acción,

que yo realice habrá de encaminarse para lograrlo. No buscaré el bienestar como fin, actividad del cuerpo, sino la felicidad, actividad del alma. Y es aquí donde la persona, en la multiplicidad de opciones decide y opta, como lo haría el prudente, obrar de manera correcta, donde ya la voluntad se manifieste en la recta intención. Por su parte, a Nietzsche le ocupa precisamente el que ya ha deliberado la persona; por esta razón, se tiene que “redimir”, pero de sus actos, y qué pasa con las consecuencias de sus actos. Imaginémos los siguientes escenarios. ¿Quieres ser mi novia(o)? ¿Quieres ser mi amigo(a)? ¿Quieres casarte conmigo? En los dos primeros

casos, no hay contrato escrito, pero sí moral. Responsabilidad de cuidar esa relación y, es en casa donde nos han enseñado cómo hacerlo, mediante los valores del respeto, honestidad, amabilidad, ayuda (dar y saber pedirla), iniciativa, dar sin esperar nada a cambio, entre otros. Mientras que, en el tercer caso, supone ya los valores de los dos primeros; además, la sociedad, mediante sus leyes, respalda esa relación afectiva y voluntaria -mediante el contrato.

Ahora bien, ¿cómo quiero ser tratado en un compromiso de tal responsabilidad? ¿Qué estoy dispuesto a hacer? ¿Qué estoy dispuesto a dar? ¿Llevo una ventaja sobre la otra

persona que no ha sido manifestada? Este aporte que hace Nietzsche a la psicología contemporánea tiene muchas aplicaciones, entre las que destaca la voluntad individual.

“La voluntad no puede querer hacia atrás: el que no pueda quebrantar el tiempo ni la voracidad del tiempo- ésa es la más solitaria tribulación de la voluntad”. (2)

No es la voluntad la que quiera recorrer el tiempo y borrar lo que se hizo mal. Es la culpa de haber obrado de esa manera. ‘Es que no nos entendemos’. Pero de fondo, la pregunta de reflexión sería: desde el inicio de la relación, ¿ambos tenían la misma finalidad en voluntad? Porque, de esta manera, las relaciones afectivas se pueden consolidar, ya que dependerá de la voluntad, sí y sólo sí, cambiar el así fue por el yo lo quise así, que podría decirse: así quise que fuera. Lo que fue, ya pasó. Ahora, es sólo lo que es. Porque esta decisión solamente la da la persona ética que asume las consecuencias de sus actos voluntarios y no por la culpa, sino por la virtud, que tiende a su fin.

Pienso que en este punto habría que dedicarle mucho espacio, pero no es mi cometido, sólo quise señalar un aspecto importante de la voluntad. En suma, el cambio que hago en mi manera de pensar será, en cada acto deliberado, así quise que fuera y me hago responsable de mi vida, porque ya no soy un espectador de mi vida, sino un observador de ella; porque el espectador es el que se queja, mientras que el observador deja el drama y pone acción.

(1) Cfr. Nietzsche, Friedrich, “Así habló Zaratustra”; pp. 204-205, Alianza editorial, México 1993.

(2) Ibídem.

*** Licenciado en Filosofía. Maestro en Administración Educativa, y en Desarrollo Educativo, Doctorado en Administración Educativa. Diplomado en Tanatología. Conferencista sobre ética y valores.**

